

Yerma, seca, muerta y agrietada. Así era la tierra de Calsú. Habían pasado años desde la última vez que había llovido. No quedaba ni una sola casa que años atrás se alzaban sobre un verde prado lleno de flores y vida. Y es que Calsú antes era una preciosa ciudad, donde los habitantes vivían en estupendas condiciones. Nadie diría que este desolado desierto era antes una bella población. Pero... ¿qué habría pasado? La mayor parte de personas se habían olvidado de este trozo de terreno. Sin embargo, a Javier sí le importaba.

Javier era un chico de unos once años. Era muy rubio y tenía unos grandes ojos verdes. Todas las tardes se adentraba en las ruinas de Calsú. Jugaba y se lo pasaba bien pero lo que más le gustaba era explorar el lugar. Nunca encontraba nada, solo tierra y más tierra pero, a pesar de eso, le gustaba estar allí. Solo él sabía el secreto que ocultaban esos grietas. Todo se remontaba a cien años atrás...

- ¿Estás seguro de que esto será efectivo?

- Completamente.

- De acuerdo. Si tú lo dices...

El alcalde cerró el trato y los trabajadores comenzaron con la excavación en busca del destructivo petróleo, porque lo que no sabía el alcalde era que por culpa de su pacto su ciudad dejaría de existir.

Los trabajadores localizaron la bolsa de petróleo y comenzaron a hacer un agujero. La taladradora chocó contra la principal tubería de la ciudad y el petróleo se mezcló con el agua. Trabajaron con eficacia y repararon la rotura. Pero ya era demasiado tarde. El petróleo pronto llegaría a las casas.

La población continuó con su vida normal sin saber el peligro que corrían. Pronto, más de la mitad de las personas enfermaban por beber el agua contaminada. Los cultivos eran regados con esta agua y los alimentos también se contaminaban. Decenas de personas fallecían cada día. El terreno nunca volvería a ser el mismo. La ciudad moría con gran rapidez. El alcalde había muerto por unos alimentos contaminados. Nadie organizaba la ciudad. Todo era un caos...

Javier conocía esta historia porque sus padres se la habían contado. De repente, se escuchó un gran trueno y unas espesas gotas de lluvia comenzaron a caer. No se lo podía creer. ¡Estaba lloviendo en Calsú! Era imposible pero no se trataba de un sueño. Javier corrió hacia su casa, que se encontraba lejos. Empezó a empaparse pero no le importaba. Estaba muy feliz. Todavía quedaba una mínima posibilidad de que la vida volviera a hacer en Calsú. Y deseaba que ocurriera.

Al día siguiente, ni se despidió de sus padres. Corrió como nunca antes lo había hecho. Calsú mostraba un aspecto mejor. Muchas grietas habían desaparecido pero seguía siendo muy seca. Javier inspeccionó el terreno horas y horas hasta que, maravillado, encontró lo que buscaba. Una tímida margarita brotaba de la tierra. La observó impresionado por tal milagro. Lloró de felicidad durante un rato y se prometió a sí mismo que cuidaría cada día de aquella flor.

Y así fue. Día tras día regresaba a aquel lugar y la miraba como el primer día. Poco a poco, varias flores comenzaron a hacer alrededor gracias al agua que Javier traía todos los días. La lluvia caía frecuentemente en Calsú. El campesino compró unas semillas, las plantó y las regó con una nueva esperanza.

Javier estaba más feliz y contento pero también había aprendido nuevos valores. Aprendió que todo es posible aunque veamos las cosas muy complicadas. Aprendió que aunque todo el mundo se olvide de ti puedes ofrecer nuevas cosas al mundo. Aprendió que los errores de los humanos pueden ser catastróficos. Pero sobre todo aprendió que el agua salva vida.